

DOS PASSOS, 1937

Pseudónimo: MATAMESENDE

«Mi mayor alegría es la sierra de Guadarrama. Allí, el sol se pone con deslumbrante gloria».

Verano de 1966. Estas son las últimas palabras salidas de mi *Olivetti*. Estoy escribiendo un nuevo libro, el último de mi carrera. *Años inolvidables*, lo titularé. En él voy a repasar (mucho mejor: recrear, rememorar) mis andanzas por España de las manos de los amigos que hoy me faltan. De unos, me duele su ausencia; de otros, su incomprensión. En él, no desvelaré todo lo que viví en la guerra civil española, no todo. Pero de alguna forma necesito hacerlo. Por mí, por José. Incluso por Hem. Por eso, he aparcado el libro unas horas. Me dispongo a escribir lo que me pide el corazón: voy a narrar ahora el episodio que cambió mi perspectiva de la guerra, del hombre y de la vida, y que nunca he contado a nadie. Lo relataré en estas cuartillas, habré pagado una deuda conmigo mismo e inmediatamente las destruiré.

José Robles Pazos era el traductor de mis novelas. Nos unía una íntima amistad y una sincera preocupación por la justicia social. Él era un comunista convencido, de los de bien. Yo, nada más que un simpatizante de la República, pero bregaba en lo mío con idéntica convicción. A José, después de secuestrarlo, lo ejecutaron sumariamente en Valencia sus propios correligionarios siguiendo, al parecer, órdenes de Moscú, a principios de 1937. Por saber demasiado. Nunca se pudo probar nada y nunca se podrá. Yo hice lo que estuvo en mi mano por ayudar a la familia y esclarecer el caso, pero todo fue inútil.

Ernest Hemmingway, *Hem*, a quien se conoce más que a mí —John Dos Passos no ha ido más allá de ser un respetable integrante de la generación perdida y poco más—, era mi otro amigo del alma, militante como yo en la misma trinchera política y literaria. Su reacción seca, pragmática, ante la noticia que nos dejó huérfanos de José me heló la sangre. Ya nada fue igual entre nosotros.

—No me jodas, Johnny. Lo de Robles es un hecho aislado. Triste, penoso, es verdad, pero hasta ahí. Nada, escúchame bien, nada debe hacer tambalear

la causa de la República. Y Robles era un idealista; demasiado independiente, ya sabes. La guerra es dura, Johnny, y hay cosas que, por el bien de la causa, por el bien de todos, hay que asumir. Yo lo he hecho. Pero tú tienes demasiados escrúpulos. Di lo que quieras, pero los males menores son necesarios.

Me quedé horrorizado. José, mi gran amigo, ese hombre ácido e inteligente, una de las mejores bazas de la lucha por las libertades, asesinado por sus propios camaradas. Por españoles o rusos, qué más da: ¡camaradas, compañeros, amigos! Y la falsía y la traición —para mí lo era— de Hem me dolía en lo más íntimo de mi ser. Necesitaba estar solo. Pensar, asimilar, intentar comprender, enterrar el dolor. Estaba devastado, necesitaba huir. Y lo hice al lugar donde tantas veces disfruté en mis días de juventud. Dejé mi Hispano Suiza en Cercedilla. El resto de la jornada vagué por laderas y vaguadas, siguiendo senderos y apartándome de ellos. Muy entrada la tarde, no sé si por la niebla de las cumbres que a ratos bajaba o por la que por dentro no me dejaba encontrar el norte, descubrí que estaba totalmente desorientado. No reconocía el paraje que pisaba, no recordaba por dónde había venido: hacía rato que había perdido la noción del tiempo y de la realidad. Y me vi en un prado abierto salpicado de piornos y enebrillos y sin un camino a la vista que me pudiera guiar. La niebla se había disipado definitivamente y la noche empezaba a caer. Sentí miedo. Al poco, encontré una trocha y la seguí. «No puede ser» —me decía—, «¿cómo has sido tan inconsciente?» Debía de estar muy cerca del frente. ¿O lo había traspasado? Con toda seguridad, estaba en peligro. En medio de una guerra en la que apoyaba públicamente a uno de los bandos, yo deambulaba alegremente por la línea que separaba sus posiciones avanzadas, expuesto a un secuestro o una mala muerte.

La trocha se fue haciendo más ancha a medida que la oscuridad se adueñaba del campo. Una luz tenue, lejana, me atrajo hasta un chozo de pastor en torno al cual descansaba un hato de vacas negras. Antes de llegar y pensar siquiera lo que debía de decir, un hombre de unos 60 años, enjuto y de ojos vivaces, se materializó apostado en la puerta como si me estuviera esperando.

—Buenas noches. Se ha perdido, ¿verdad? Es fácil con este tiempo.

—Me llamo John.

—Simón. Pase.

Un rústico banco corrido de madera ocupaba una de las paredes. En el suelo, un jergón y una manta. Una silla de anea, una minúscula mesa de tres patas y una lámpara de aceite: este era todo el mobiliario de aquel providencial refugio. De un clavo en la pared, colgaba el zurrón del pastor. Sacó éste media hogaza de pan y un trozo de queso muy amarillo y me los ofreció. Comí con ganas. El viejo me miraba en silencio y yo esbozaba sonrisas de agradecimiento entre bocado y bocado.

—Gracias —le dije por fin cuando me vi satisfecho—. No sé cómo podré pagarle tanta hospitalidad.

—Ya lo está haciendo. No es fácil encontrar gente con la que conversar por estos parajes.

Aproveché la oportunidad que me brindaba. Hablar era precisamente lo que yo necesitaba en ese momento, me ahogaba. Además, el rostro y la compostura de aquel hombre tranquilo invitaban a sincerarse. Así que lo hice: poco a poco, como el agua de uno de esos manaderos que fuera del chozo alimentaban los arroyos de la sierra, fue aflorando todo lo que turbaba mi corazón y le fui refiriendo (omitiendo ciertos nombres) la secuencia de hechos y el tropel de dudas que me comían las entrañas y la conciencia.

Así que le conté mi profunda amistad con José Robles y Ernest Hemingway y mi absoluta confianza en ambos cimentada por los muchos años de trato cercano. Le confesé mis ideas izquierdistas y le manifesté mi compromiso con los más desafortunados. Mi afán por conseguir un cambio social basado en un cambio de las conciencias y en la dignificación de la vida cotidiana de la gente. De vez en cuando, él asentía y yo me iba encontrando cada vez más cómodo. Su mirada honesta y sus pocas preguntas me animaban a continuar.

Le conté mi horror ante lo ocurrido y mi desesperación, todas las diligencias que acometí para el esclarecimiento de los hechos, toda la indiferencia y el ruin ocultamiento con que me topé. Le hablé de sensación de vacío, de rabia y de impotencia. Le repetí las palabras textuales de Hem, las que seguían vertiendo sal en mis heridas: Y lloré como un niño.

—¿Cómo es posible, dígame, cómo es posible que una persona cambie tanto? ¿Que alguien con su temperamento no sea capaz de anteponer sus valores a todo lo demás? Me siento traicionado, Hem ha traicionado nuestra amistad. ¿O estaba yo equivocado respecto a él? No siento otra cosa que rencor.

—Los hombres pueden cambiar. El alma humana es capaz de lo mejor y de lo peor: no es tarea nuestra juzgar a los demás. El único camino es el perdón.

—¿Es que están las ideas por encima del individuo, es que tiene que ser así? ¿Es que los proyectos políticos no han de respetar los límites de la razón, los límites de la humanidad? Dígamelo.

—Nunca ha de ser así, tiene usted razón —trató de calmarme—. Siempre el hombre antes que las ideas, antes que los dogmas, antes que la hacienda. La dignidad de la persona ha de ser el principio que mueva toda propuesta política, toda creencia, todo negocio. Esto es lo esencial; en todo lo demás, libertad.

Me maravilló esta particular y feliz adaptación del conocido aforismo de san Agustín. ¿Era erudición o sólo sabiduría innata la de este buen pastor? Simón hablaba con autoridad, como un maestro. Su conversación era amena y su voz clara y profunda. Sus maneras reposadas alentaban este juego de confianzas y yo necesitaba aprender. Iban pasando las horas.

—El problema de la libertad...

—Cualquier intento de mejorar la vida del hombre —del pueblo, si lo prefiere— pasa por respetar la libertad de todos. De aquí no hay que moverse. Cualquiera que aspire a gobernarlos debe saberlo y nunca profanar este elemental principio. ¿No lo ve usted así?

—Sí, creo que sí —contesté. Me sentía sacudido, cada vez más interpelado por las palabras serenas y contundentes de Simón. Eran como aldabonazos en mi conciencia, no para abrir nuevas puertas, sino para acabar de cerrar algunas que yo me empeñaba en mantener entornadas.

—Entonces —hice un último intento—, ¿no hay que cambiar el mundo?

—Ya lo estamos haciendo, usted y yo, en este humilde chiscón —repuso y, ante mi estupor, continuó—. Estamos en guerra, ¿no es así? ¿Sabe usted dónde está ahora, a qué bando pertenece la tierra que está pisando? No, no lo

sabe. Puede ser cualquiera, ¿verdad? Pero, ¿importa eso? De hecho, puede que usted y yo seamos enemigos en lo tocante a la política. ¿Importa mucho eso en este momento? No, porque en este chozo estamos hablando de la amistad, de la libertad, de la integridad de las acciones humanas, del peso de las culpas y de la paz. En este chozo, estamos cambiando el mundo, John. ¿No hemos hecho usted y yo más por el futuro del mundo esta noche que todos esos pobres soldados de ahí fuera parapetados en las trincheras de sus obcecaciones? ¿No se da cuenta de que cualquier transformación del mundo empieza por uno mismo? ¿No se da cuenta de lo sencillo que puede ser todo?

—¿Qué me queda por hacer?

Simón me hizo salir a la puerta. Estaba amaneciendo. El primer albor jugaba a pintar el campo de colores aún sin nombre.

—Observe estos montes, John —me dijo con dulzura—. ¿Ha visto algo más hermoso? Fíjese en ellos para forjar su carácter, las ideas vendrán después. Sea usted como la montaña: fuerte, estable, fiel a sí misma. La montaña es rocosa en su interior; tiene fuerza, personalidad, pero a la vez es suave a medida que se tiende hacia otras realidades. Sus faldas están llenas de pasto y acogen a quien se acerca a ellas. Sea usted fiel a su conciencia y trate de comprender a los demás. Llegue al perdón. Por lo demás, acepte lo que venga como lo hace la sierra —sol, nieve, brisa, helazos, ¡hasta una guerra!—, pero siga siempre siendo quien ha decidido ser. En esto consiste la integridad.

Media hora después abandoné el chozo siguiendo la ruta segura que me indicó Simón. Tuve que subir a esta bendita sierra para encontrarme conmigo mismo y, como otros, acabar peleando en el frente: el que encara a la cordura con la sinrazón, a la justicia con los atropellos. Simón pertenecía al primero de esos bandos y, desde que lo conocí, me alisté en sus filas para lograr el consuelo de mi alma maltrecha y seguir luchando por cambiar el mundo. Así, confortado de sus heridas, el nuevo John Dos Passos comenzó una nueva vida más sencilla, más humana, habiendo conocido que la probidad y el perdón son posibles y que la vida merece la pena vivirla con la mirada de aquel pastor prudente. Sí, como creo que ya he dejado dicho, hay días en los que en el Guadarrama el sol sale, brilla y se pone con deslumbrante gloria.